

Según su biología, el hombre tiende a poseer su propio territorio.

Según la climatología, si es propicia, le bastaría con marcar sobre el terreno. El rugido del león, el pis del zorro.

Según su intimidad, su característica, exige la ocultación de su actividad o descanso.

Si el hombre se encierra en su propia casa consigue todo, pero pierde naturaleza. Busca entonces la manera de aprehenderla, si no toda, en parte. Ya apareció el patio.

Desde Pompeya hasta Mies, en España no se diga, aparece el patio: interior si la casa da para tanto, adyacente, contiguo, hecho con tapias, si no llegamos a tanto.

Es un hecho tan notorio el de poseer notoriamente naturaleza que no existe nada tan ligado al paisaje como la tapia campesina. Kilómetros de tapias han pasado a los mejores lienzos.

Se intenta una urbanización con más tapias. Dentro de ellas la vida íntima, cubriendo el espacio por ellas determinado con parras, enredaderas, toldos.

Viviremos en toda la pequeña parcela que así hemos convertido en la más grande casa.

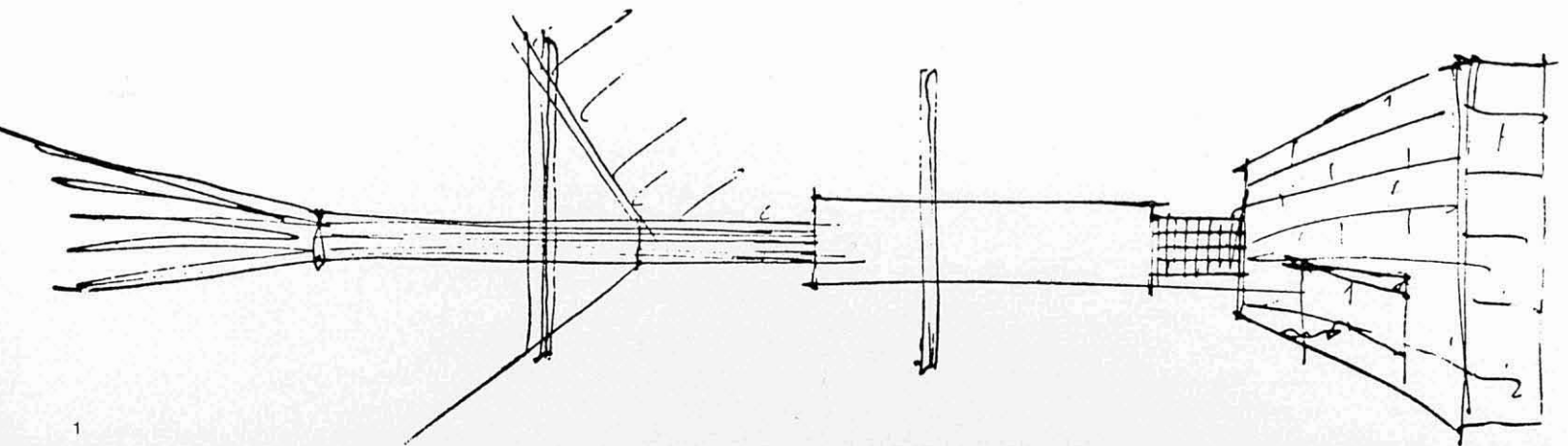
Viviremos emparrados ¿quién no recuerda las viviendas de peones camineros o de guardas-agujas de Renfe?

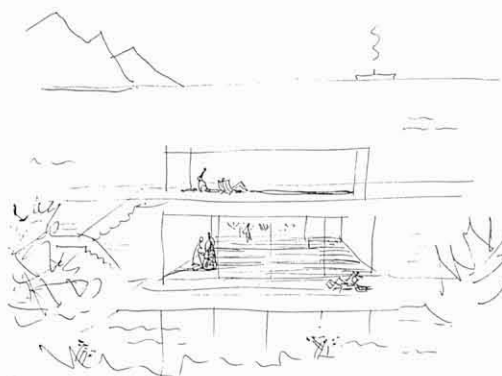
Hacemos a la vivienda un periscopio, terraza con sombra, para ver lejos el mar y el monte. Se le añade una piscina pequeña propia y de agua de mar.

Se prefabrica toda la construcción y se lleva hecha desde la fábrica a donde sea, en este caso a Mallorca. Paneles de chapa, forjado de chapa, tabiques de chapa, instalaciones hechas en taller, pavimentos prefabricados de grandes dimensiones, todo de fácil montaje.

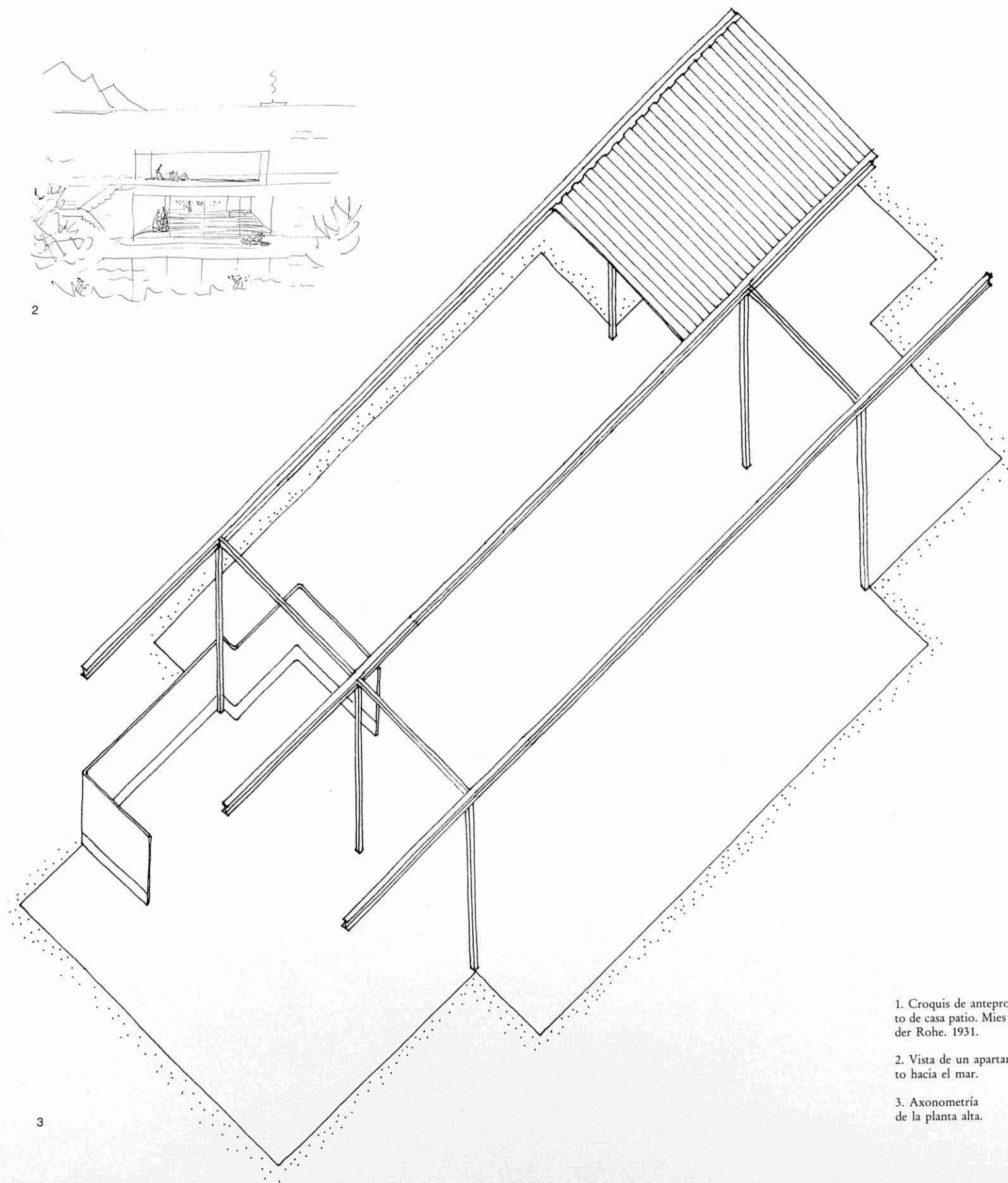
Se ahorra tiempo, se consigue calidad y obliga a formas tal vez lejos de la Arquitectura.

ALEJANDRO DE LA SOTA





2



3

1. Croquis de anteproyecto de casa patio. Mies Van der Rohe. 1931.

2. Vista de un apartamento hacia el mar.

3. Axonometría de la planta alta.

«Es menester dudar donde hace falta, asegurar donde es necesario y someterse donde es preciso...» (Pascal).

Es imposible escribir de lo que no se sabe, muy difícil, posiblemente, hacerlo de aquello de lo que pudiera saberse mucho, pero especialmente difícil es hacerlo sobre aquello que se ha llegado a estimar, admirar y respetar a través de un descubrimiento pausado como es el caso del conocimiento

que se encuentra en la obra de D. Alejandro y que nos fue dado conocer por encontrarnos trabajando cerca de él durante largos años.

Se trata de ese conocimiento que se encuentra en un mundo distinto al del propio saber, quizá más próximo a la duda, que se encarna en la razón profunda de las cosas y con el que D. Alejandro se aproxima a la esencia de los problemas.

Ese conocimiento en que el inicio y el fin se entablan en la esfera de lo que no puede ser enseñado, que se desplaza en silencio pretendiendo encontrar las «razones profundas del corazón que la razón desconoce» pero que serían suficientes para desentrañar la esencia última de algún problema.

Ese conocimiento en el que es preciso moverse, en lo requerido, por vías lógicas

4. Sección longitudinal.

5. Alzados laterales.

6. Alzado a la calle.

7. Alzado interior.

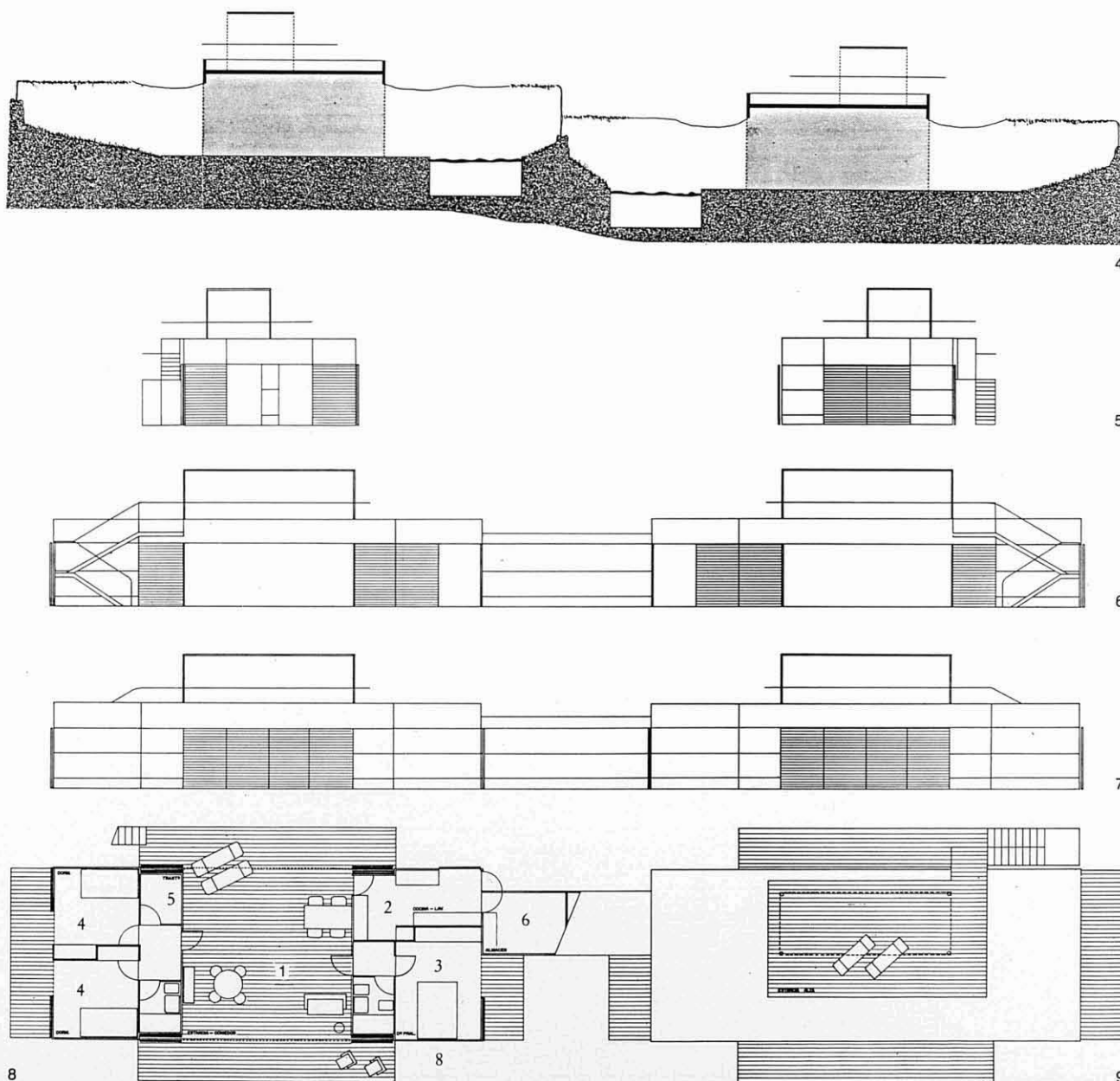
8. Planta baja.

1. Estancia comedor.
2. Cocina-lavadero.
3. Dormitorio principal.
4. Dormitorio.
5. Trastero.
6. Almacén.

9. Planta alta.

10. Unión de las parcelas tipo.

11. Secciones.



que como cuerdas de un instrumento bien afinado sean capaces de entrar en resonancia y ofrecernos pensamientos armónicos como añadido.

Ese conocimiento que abarca no sólo el mundo de las ideas, de lo abstracto, si no de lo sensible, de las vivencias, y en el que, con procesos sutiles y a veces elementales, se alcanza la realidad con la misma naturalidad con que se recibe algo que ha sido

vivamente deseado.

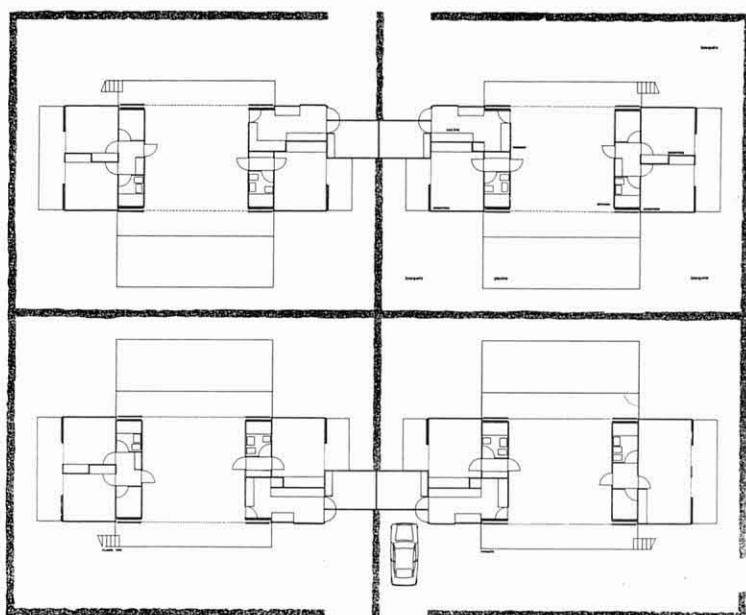
Un conocimiento que dosifica la prudencia y el riesgo, que tan importante es en lo aparente como en lo oculto, cuyo valor reside frecuentemente en lo que omite y cuya discreción no exige demostraciones de su existencia.

Ese conocimiento que en su inexperto caminar descubre las facetas sorprendentes de lo común o los más bellos senderos que se

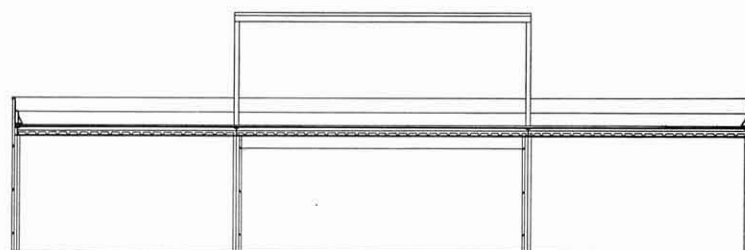
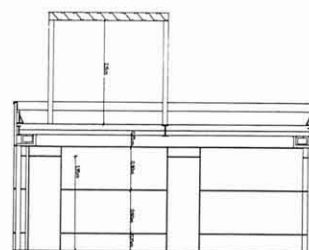
esconden en los recodos del camino.

En fin, ese conocimiento que aunaría en lo posible los espíritus de «geometría» y «fineza» a que Pascal se refiere y que sólo espíritus lúcidos y delicados pero también arriesgados son capaces de alcanzar a un tiempo.

VÍCTOR LÓPEZ COTELO



10



11

El padre Brown, que difícilmente oculta la leonada cabellera de Chesterton bajo el sombrero de teja, propone en principio una explicación milagrosa a los enigmas que se le plantean, para llegar, finalmente, a la solución más simple y natural de los mismos. Con don Alejandro de la Sota sucede a la inversa. Don Alejandro, según sus palabras, quiso hacer en León un cubo que funcionase; inevitablemente, le ha salido algo más.

Se dice de Chesterton, inefable despistado y asiduo viajero y conferenciante, que en cierta ocasión escribió un telegrama a su mujer, en su domicilio de Londres, en estos o parecidos términos: «Estoy en Market Harborough. ¿Dónde debería estar?». Quienes hemos frecuentado el magisterio de don Alejandro y no quisiéramos estar entre los que le ofrendan la frígida y distraída gloria que excluye la «profunda imitación», volveremos también del revés esta anécdota

y, siguiendo con vigilante interés su trayectoria, tal vez no podamos decir con seguridad en dónde nos hallamos, pero siempre sabremos, sin dudar, dónde deberíamos estar.

CARLOS PUENTE